

Retorno a la patria

En un festival de jóvenes que se realizó en Viena hace muchos años, y al que concurrí acabados los estudios que había efectuado en París, conocí a un muchacho peruano que seguía cursos en Alemania, con quien me hice amigo. En la última noche del certamen le anuncié: “César, pronto me vuelvo al Perú”. Y mi compañero dijo, con apagado centelleo en los ojos: “Feliz tú, porque yo no sé cuándo podré hacerlo”. Buscó luego en sus bolsillos una libreta y me dijo: “Te voy a dar la dirección de un tío que es como mi padre, y vive en Puno. Quizá vayas un día por allá. Visítalo, y te recibirá muy bien”. Y anotó su nombre y dirección en un papelito. Nos despedimos una hora después, y ya en el autobús se me ocurrió que, para regresar al Perú bien podía tomar un barco que fuera de Francia a Buenos Aires, para visitar esta ciudad, e ingresar después a mi país por Bolivia. ¿Por qué no?

Así lo hice, en efecto. Me embarqué en Le Havre en un buque que se llamaba *Laennec*, y después de una magnífica travesía desembarqué en la capital argentina. Me paseé por sus calles, asistí a teatros, frecuenté librerías y charlé con unos compatriotas. Crucé a continuación la pampa en el viejísimo tren que conducía al altiplano. En La Paz contemplé el Illimani, y admiré sus monumentos. Atravesé luego el lago Titicaca en un viejísimo vapor que se llamaba *La Coya*, de noche, bajo un cielo negro y estrellado. Tenía la intención de conocer Puno y proseguir de inmediato a Arequipa.

Me daría tiempo, sin embargo, para una rápida visita al tío de mi amigo.

Atracamos poco después del amanecer. Me sorprendieron las casas embanderadas y la gente endomingada. Era el aniversario y fiesta de la ciudad. Guardé mis maletas en la estación y, entre alegre y curioso, me encaminé a la dirección escrita en aquel papel. Se trataba de una casa modesta, casi en las afueras. Llamé a la puerta y salió una mujer joven aún, de sombrero y de pollera, que me observó perpleja. Y había motivo, seguramente, por mi máquina fotográfica y el viejo y un tanto exótico anorak con que me abrigo. “Sí, está ahí”, dijo dudando, cuando le informé que venía de parte de César y pregunté por el dueño de casa. Entró luego a dar aviso de mi presencia, y al cabo de un rato regresó y me invitó, con cierta sonrisa: “Dice que pase”. Y añadió: “Tomará usted desayuno con nosotros”. La seguí al corredor que hacía las veces de salita, y allí, a la cabecera de una mesa, estaba el señor a quien buscaba.

Alto, muy fuerte, y con una expresión entre jovial y cautelosa, me estudió por unos instantes. Dijo: “Si viene usted de parte de mi sobrino, ésta es su casa”. Habló con cierta dificultad, causada a la vista por un par de botellas de cerveza que había sobre el tablero. Sobre una silla se veía un atavío campesino. “Sí, estamos de jolgorio”, continuó mi huésped. Y se disculpó con bonhomía: “Así es, y no he dormido, pero usted comprenderá...”.

Fue aquél uno de los más generosos desayunos de mi vida. Un espléndido plato de cuyes, cancha blanca, bollos calientes. Mi anfitrión no mostraba otra huella de embriaguez que ese hablar pausado y por momentos vacilante. Me contó que era contador mercantil, pero que se dedicaba sobre todo a asuntos de las comunidades, y no sólo por razones profesionales. Autodidacta, sabía de Rómulo Gallegos, de Bertold Brecht, de Gamaliel Churata. Nos bebimos un par de vasos, y al promediar la mañana bailábamos en el corredor de su casa, él con su mujer y yo con una guapa sobrina suya. Nos dimos espacio, después, para danzar entre todos, adultos y niños, una llamerada. Y la señora cantó, con mucho sentimiento, el huaino *Cerrito de Waqsapata*.

Me acordé y hablé de mi intención de continuar viaje, pero el tío de César dijo: “No, usted se queda por un par de días. No puede perderse la fiesta y, de todas formas, no lo dejaremos irse. Traeremos aquí sus cosas”. Y así fue, claro está, porque tampoco quise renunciar a la oportunidad que se me ofrecía.

Por la tarde nos dirigimos en corporación a un festival de bailes de la región. Durante el espectáculo menudearon la chicha y las viandas, así como las presentaciones de dirigentes campesinos y de mozas de Zepita y de Pomata. Terminó la exhibición y todos nos pusimos a danzar, al compás de una banda de sicuris, una música de ritmo profundo, casi visceral. Tan fascinado estaba, que no sentí el cansancio, ni tampoco sueño, y apenas si me di cuenta del paso de las horas. No había en mí ningún recuerdo de París, o de Viena o de Ginebra. Jamás estuve tan absorto como entonces en esa música tan recia y pura que nos venía de la tierra. Danzamos, y el amanecer me sorprendió conversando con dos lugareños, en una mezcla de quechua y castellano, en un banco de la Plaza de Armas.

Los dejé ahí y me dirigí a la casa de mi nuevo amigo. Él había dormido unas pocas horas, y otra vez se desayunaba a la manera del día anterior. Lo acompañé, admirado por esa estupenda y contagiosa vitalidad, y después de sostenida charla nos fuimos a su cuarto de trabajo, él con su guitarra y yo con mi entusiasmo. Por largo rato se oyeron nuestros huainos, hasta que el cansancio nos venció.

Fue aquél, en verdad, el retorno más hermoso que he tenido al Perú. Más significativo, incluso, que aquéllos en que me aguardaba mi familia. Pues en esa ocasión me recibieron, sin que yo lo esperase, las voces más hondas de nuestra tierra, con el acento y la cadencia de esa música de veras cósmica, cual es la música del Altiplano. ¡Si todos los regresos pudieran ser así...!